

Específicamente sobre los sepelios de angelitos, queda la siguiente crónica de mediados del siglo XIX:

“Las costumbres basadas en ideas absurdas de preocupaciones religiosas, han desaparecido allí [en Colima]; pero todavía hemos visto una que creemos de nuestro deber participar a nuestros lectores.

Ha sido idea muy antigua de todo el pueblo bajo de nuestra República, hacer bailes o ‘velorios’ a los niños cuando se mueren. Dicen que siendo inocentes van al cielo, y que nadie debe entristecerse al ver a un ser querido abandonar este valle de lágrimas [...]. Esta idea, como todas las que son falsas, produce una contradicción profunda con los sentimientos de la naturaleza. La madre que ha perdido un hijo, y que siente tormentos infinitos, debe alegrarse y asistir al baile que se celebra delante de su yerto cuerpecito.

En Colima, después del correspondiente fandango, se viste al niño de San José o [a la niña de] Purísima, y cubierto de flores se le lleva, como en las demás partes, al sepulcro. Pero allí hay la particularidad de que antes lo pasean en procesión por la ciudad. Repentinamente se oyen cohetes, sale uno a ver, y es la procesión acompañada de su correspondiente música de arpas; los que las van tocando se cuelgan la parte superior al cuello, y delante camina otro hombre de cuya espalda va colgada la parte inferior; los dos van muy serios como mulas que conducen una litera, y el músico va tocando con la misma gravedad que llevaba el rey David cuando pulsaba su arpa [...].

El corazón sufre al ver un niño muerto, una familia desolada, y esa alegría ficticia impuesta por los errores de las creencias” (Chavero, 1904 [1864]: 43-44).

En su menosprecio por los rituales funerarios populares, Alfredo Chavero (1841-1906) estaba obnubilado por su pretendida perspectiva cientificista, propia